

# ¿Tiene sexo la nación? Nación y género en la retórica política sobre Irlanda\*

Does the nation have a sex? Gender and Nation in the political rhetoric on Ireland

Begoña Aretxaga

Universidad de Harvard

Recibido el 18 de octubre de 1995.

Aceptado el 13 de enero de 1996.

BIBLID [1134-6396(1996)3:2; 199-216]

## RESUMEN

Este artículo analiza las metáforas sexuales y de género utilizadas en la retórica política sobre Irlanda, producida por el colonialismo británico y el nacionalismo irlandés. Partiendo de la concepción teórica de nación como comunidad imaginada, propugnada por Benedict Anderson, la autora examina los cambios de género que han moldeado la definición de la identidad irlandesa. La autora sostiene que la conexión entre género e identidad nacional, unida a los violentos sucesos que acompañaron la partición de Irlanda, ha tenido consecuencias importantes para las mujeres irlandesas, que pueden identificarse en la legislación sobre materias de sexualidad y derecho familiar que se implementó tras la consecución de la independencia.

**Palabras clave:** Colonialismo. Nacionalismo. Sexualidad. Género. Irlanda.

## ABSTRACT:

This article analyses sexual and gender metaphors used in the political rhetoric about Ireland produced by both British colonialism and Irish nationalism. Departing from Benedict Anderson's formulation of the nation as imagined community, the author examines the shifting of gender categories used in defining Irish identity. The author argues that the link of gender and national identity coupled with the violent events surrounding the partition of Ireland had important effects on the lives of Irish women best seen in the policies implemented on matters of sexuality and family law that followed the declaration of independence.

**Key words:** Colonialism. Nationalism. Sexuality. Gender. Ireland.

\* Una versión preliminar de este artículo se presentó en la *XII Semana Galega de Filosofía*, organizada por el Aula Castelao, Pontevedra, abril de 1995. Está prevista la publicación en lengua gallega de las contribuciones a la *Semana en Filosofía e Xénero*, Vigo: Ediciones Xerais, 1996.

## SUMARIO

1.—Introducción. 2.—¿Qué es una Nación?: ¿Esencia? ¿Patología? ¿Construcción cultural? 3.—“Una raza esencialmente femenina”: Metáforas sexuales y de género en el discurso colonial sobre Irlanda del siglo XVIII y XIX. 4.—Nacionalismo, domesticidad y género.

### 1.—Introducción

En 1988 Peter Robinson, líder del partido Unionista que propugna la unidad de Irlanda del Norte con Gran Bretaña y miembro del parlamento británico, criticó duramente en una entrevista periodística el llamado “acuerdo anglo-irlandés”. Este acuerdo, establecido en 1985, proveía al gobierno irlandés, si no con capacidad decisoria, al menos con cierta capacidad de opinión sobre asuntos relacionados con Irlanda del Norte. A pesar de ser mínima la posibilidad de intervención política del gobierno irlandés en el devenir de Irlanda del Norte, levantó las iras de los unionistas, para los cuales la mera proximidad de la República Irlandesa a “la provincia” británica de Irlanda del Norte ha provocado siempre una reacción política defensiva<sup>1</sup>. La crítica de Peter Robinson, una más de las muchas aireadas por los políticos unionistas durante los últimos años, no es pues sorprendente en sí misma. Lo que la hace singular y objeto de reflexión para el tema que nos ocupa es la forma o, si se prefiere, el estilo metafórico de esta crítica. Peter Robinson en su intento de persuadir utilizó las siguientes palabras: “Si un hombre tiene una pelea con su mujer, ésta no se resolverá porque los parientes políticos se junten y lleguen a una solución”<sup>2</sup>. Peter Robinson situaba así un conflicto político en términos de una relación de parentesco. Para aquellos que no están familiarizados con la tormentosa historia de las relaciones anglo-irlandesas y con el conflicto nacionalista en Irlanda del Norte, lo que no está claro es quién es quién en este símil familiar. Pero para los aludidos en Irlanda del Norte, así como para el público británico e irlandés, no hay duda posible. La mera idea del político unionista representando a la población protestante, de la que él es un miembro prominente, en el papel de esposa, carece de sentido. Y carece de él porque la metáfora familiar está formulada desde la asunción

1. La misma nomenclatura que se usa para denominar a Irlanda del Norte es indicativa del conflictivo estatus de esta parte de la isla. Mientras los unionistas tienden a usar “la provincia”, o Ulster (la región de Irlanda que históricamente contenía 9 condados y que quedó recortada a 6 con la partición de la isla en 1921) para referirse a Irlanda del Norte, los nacionalistas tienden a usar “los seis condados” o el norte de Irlanda para enfatizar la pertenencia de esta entidad política a Irlanda y no a Gran Bretaña. He usado pues deliberadamente “la provincia” al referirme a los unionistas para subrayar su específica posición política y visión nacional, que difiere radicalmente de la mantenida por los nacionalistas.

2. *The New York Times*, domingo 30 de octubre, 1980.

de superioridad política de la comunidad protestante frente a la comunidad católica<sup>3</sup>. La supremacía política de la comunidad protestante fue la premisa fundacional de Irlanda del Norte, encapsulada en la frase que inauguró su primer parlamento: "un gobierno protestante para un pueblo protestante"; y enraizada en una estructura socio-política dirigida a la discriminación sistemática de la población católica<sup>4</sup>. Así pues, desde la ventaja que proporciona el conocimiento de este sustrato político, es bastante claro que Peter Robinson se imagina a la comunidad protestante en el rol del marido, mientras sitúa a la comunidad católica en el de la esposa. Aun así, se podría argumentar que estas posiciones maritales no representan necesariamente una desigualdad de poder. Sin embargo, la desigualdad política entre católicos y protestantes, unida a la estructura social e ideológica fuertemente patriarcal que han caracterizado la sociedad Irlandesa tanto en el Norte como en el Sur, dejan lugar a pocas dudas sobre la desigualdad de poder contenida en la metáfora que estamos comentando. Lejos de ser casual, el comentario de Peter Robinson legitima la relación de desigualdad política entre protestantes y católicos en Irlanda del Norte, al representar esta relación política como una relación de desigualdad natural entre hombres y mujeres. Al situar un conflicto político en el ámbito doméstico, lo que se enmascara es la relación desigual con el estado-nación que mantienen ambos grupos, creando la ficción de que tal relación está cimentada, no en la economía política del imperialismo británico sino en la "economía natural" de las relaciones familiares<sup>5</sup>.

El comentario de Peter Robinson no constituye por supuesto un caso aislado en Irlanda, sino un ejemplo reciente de una larga historia de debates políticos codificados en términos de género, particularmente desde el siglo XVIII en adelante. Se puede decir que el uso del género como metáfora política se intensifica paralelamente a la emergencia de la nación como construcción política moderna.

Durante la última década, un número creciente de investigadores han señalado la importancia de la categoría de género en la construcción y legitimación de diferencias sexuales, étnicas y de clase en discursos colonia-

3. Me refiero aquí a protestantes y católicos como identidad étnica más que como confesión religiosa. En Irlanda del norte, estas categorías identificadoras son empleadas, tanto por investigadores como por el público en general, de manera intercambiable con las categorías más políticas de unionista y nacionalista.

4. FARREL, Michael: *Northern Ireland: The Orange State*. London: Pluto Press, 1976. Cameron Report, *Disturbances in Northern Ireland: Report of the Cameron Commission*. London: HMSO, Cmd. 532, 1969. DARBY, John: *Northern Ireland: The Background to the Conflict*. Belfast: Appletree Press, 1983.

5. Geraldine Meaney ha llamado la atención sobre este punto al comentar la utilización recurrente de la metáfora marital en el discurso unionista. Ver MEANEY Geraldine: *Sex and Nation: Women in Irish Culture and Politics*. Dublin: Attic press, 1991.

listas y nacionalistas. El sociólogo Ashis Nandy, por ejemplo, ha demostrado elucubramente que el proyecto de colonización británica en la India se representó como un proyecto de penetración masculina, en el que la razón debía gobernar sobre una población india afeminada, emocional e inestable<sup>6</sup>. Similarmente, la conquista de Africa fue acompañada de una retórica de género en la que el mismo paisaje africano figura como cuerpo femenino, cuyos misterios esperan inertes y pasivos a ser descubiertos y penetrados<sup>7</sup>. Tal discurso colonial no está, sin embargo, exento de ambivalencia, ya que al feminizar exóticamente a toda la población la convierte, como ha indicado el crítico Edward Said, no solo en objeto de apropiación y dominio, sino también en objeto de deseo<sup>8</sup>.

Las metáforas velada o abiertamente sexuales abundan en los diferentes discursos coloniales del siglo XIX, dando lugar a una abundante producción literaria en la que la violación sexual funciona como metáfora magistral de la conquista colonial. Irlanda, como veremos mas adelante, no es una excepción en este sentido. El uso metafórico de la violencia sexual para representar la violencia política de la relación colonial en Irlanda es recurrente, y puede contemplarse en su expresión mas reciente en la obra del poeta irlandés y premio nobel Seamus Heaney<sup>9</sup>. La representación de la relación colonial en clave de violación ha puesto de manifiesto la desigual relación de poder entre colonizados y colonizadores, pero al mismo tiempo ha confinado esta relación dentro de los estrechos márgenes de una relación heterosexual, oscureciendo, como ha señalado Sara Suleri, que tras la pantalla de una feminidad conquistable lo que se esconde es una relación entre hombres —relación caracterizada por un componente jerárquico entre colonizadores y colonizados<sup>10</sup>.

Si el proyecto colonial se concibe en términos sexuales y de género cabe preguntarse en qué términos se va a concebir el proyecto de liberación nacional, y cual es la naturaleza de la nación misma. ¿Tiene la nación post-colonial sexo? ¿Y es este sexo el mismo que el de sus habitantes? Estas

6. NANDY, Ashis: *The Intimate Enemy: Loss and Recovery of Self under colonialism*. Delhi: Oxford University Press, 1983.

7. Véase por ejemplo COMAROFF, Jean y John: *Of Revelation and Revolution: Christianity, Colonialism and Consciousness in South Africa*, Chicago: University of Chicago Press, 1991.

8. SAID, Edward: *Orientalism*. New York: Pantheon Books, 1978.

9. Véase por ejemplo HEANEY, Seamus: "Act of Union" en *Selected poems 1965-1975*. London: Faber and Faber, 1980 y *An Open Letter Derry*: Field Day Theater Pamphlets, 1983. En ellas Irlanda del Norte es representada como la mujer violada por Inglaterra, "imperialmente macho", mientras la República de Irlanda es representada como el esposo deshonrado. La consecuencia de esta violencia, simultáneamente sexual y política, es la descendencia doble que tiene Irlanda del Norte.

10. SULERI, Sara: *The Rhetoric of English India*, Chicago: Chicago University Press, 1992.

preguntas son importantes para entender la reformulación de las relaciones de género que han acompañado la formación de nuevas naciones; reformulación que frecuentemente ha convertido a las mujeres en depositarias de la nueva tradición nacional<sup>11</sup>, o en símbolos de la identidad nacional, teniendo como consecuencia la restricción de su autonomía y con frecuencia su conversión en objetos de violencia política<sup>12</sup>. Antes de entrar a analizar más de lleno la mutua dependencia entre las formulaciones nacionalistas y de género, es necesario definir que es lo que entendemos por nación.

## 2.—¿Qué es una Nación?: ¿Esencia? ¿Patología? ¿Construcción cultural?

“¿Qué es una nación?” se preguntaba Ernest Renan en una conferencia leída en la Sorbona en 1882. Tras descartar como elementos constitutivos las dimensiones raciales, geográficas, económicas y lingüísticas, Renan responde: “la nación es un alma, un principio espiritual”<sup>13</sup>. Un siglo más tarde, Julia Kristeva en una entrevista sobre el futuro de Europa calificaba el nacionalismo como una patología, la nostalgia narcisista e imposible por un origen primordial<sup>14</sup>. A pesar de la distancia histórica que separa a estos dos intelectuales franceses, y a pesar de las posiciones diametralmente opuestas que mantienen sobre el nacionalismo, Renan y Kristeva coinciden sin embargo en una concepción esencialista de la nación y del nacionalismo, que ya sea como principio vital o aberración psicológica, parece residir más allá de los procesos históricos y culturales. Las posiciones de estos dos autores representan la ambivalencia fundamental que despierta el nacionalismo que, como ha señalado Tom Nairn, tiende a percibirse como un objeto de deseo y un objeto de temor simultáneamente<sup>15</sup>. Los intelectuales que hace 20 años celebraban el proyecto liberador de los nacionalismos minoritarios y anticoloniales se horrorizan ahora ante la violencia aparentemente irracional que estos nacionalismos pueden desencadenar. La respuesta tiende a ser la demonización del nacionalismo, posición que contribuye a la reificación del nacionalismo,

11. Véase por ejemplo MANI, Lata: “Contentious Traditions: The Debate on *Sati* in Colonial India” en SANGARI, Kumkum y VAID, Sudesh (eds.): *Recasting Women*. New Brunswick: Rutgers University Press, 1989, pp. 88-125.

12. La conversión del cuerpo femenino en campo de batalla entre diferentes grupos políticos, que hemos presenciado recientemente en Argelia y en la ex-Yugoslavia, es un ejemplo.

13. RENAN, Ernest [1882]: “What is a Nation”, en BHABHA, Homi (ed.): *Nation and Narration*. New York: Routledge, 1990.

14. KRISTEVA, Julia: “Strangers to Ourselves: The Hope of the Singular” en Richard Kearney, *Visions of Europe*. Dublin: Wolfhound, 1992, pp. 99-107.

15. NAIRN, Tom: *The Break Up of Britain: Crisis and Neo-Nationalism*. London: NBL, 1977.

obscurciendo las complejas dinámicas que lo animan y las inmensas diferencias que caracterizan este fenómeno.

En la última década se ha dado una explosión de estudios sobre el nacionalismo por parte de antropólogos, historiadores, politólogos y críticos de todo tipo, occidentales y no occidentales, que han tratado de desentrañar los misterios de esta formación moderna que llamamos nación y ese fenómeno social que llamamos nacionalismo. La confusión conceptual que ha caracterizado la teorización del nacionalismo se debe en buena medida a la inestabilidad de significados del mismo concepto de nación.

Etimológicamente la palabra nación, derivada del latín *nationem*, se refería originalmente a un grupo racial mas que a una formación política<sup>16</sup>. Este era el significado predominante durante la edad media. Sin embargo, la noción de raza, no menos problemática y ambigua que la de nación, no tiene originalmente el sentido de diferencia inconmensurable que adquirirá en el siglo XIX con la emergencia del discurso científico. Por el contrario, sus límites son flexibles y fluctuantes, lo que hacía posible una gran movilidad entre grupos raciales. Así pues, durante la edad media la nación se nos presenta como una formación fluctuante, sin límites fijos, fundamentalmente porosa y sin una relación necesaria con el aparato de estado. La idea de nacionalidad, que empieza a usarse con un significado amplio a finales del siglo XVII, no adquiere su sentido político moderno hasta finales del XVIII y principios del XIX. La palabra nacionalismo no aparece hasta principios del XIX. Hay una permanente pero cambiante superposición de los significados de grupo racial (o étnico) y formación política en los conceptos de nación y nacionalismo, que hace que tengan connotaciones positivas y negativas al mismo tiempo. Sin embargo el nacionalismo no siempre ha estado correlacionado con una formación "racial". Como ha señalado Raymond Williams, el nacionalismo ha constituido un movimiento político en países bajo dominación colonial que incluyen varias lenguas y grupos étnicos, y en regiones donde se ha asociado con un grupo étnico o lingüístico. El concepto de nación (y lo mismo podría decirse del concepto de nacionalismo) es pues un concepto complejo cuyos significados contrapuestos coexisten y cambian históricamente, de tal manera que difícilmente pueden someterse a un único significado, a pesar de que paradójicamente los movimientos nacionalistas, al igual que sus críticos, tienden a una esencialización reduccionista.

Dentro de la larga lista de teorización reciente, una de las formulaciones mas influyentes y mas sugerentes ha sido la del politólogo Benedict Anderson. En su estudio titulado "Imagined Communities" (Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo) Anderson despla-

16. WILLIAMS, Raymond: *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society*. London: Fontana Paperbacks, 1976.

za la discusión de la nación, del mundo de las esencias al terreno de las construcciones culturales<sup>17</sup>. Para Anderson el nacionalismo no es tanto una ideología con "N" mayúscula, como lo puede ser el Liberalismo o el Fascismo, sino un artefacto, un producto cultural como lo es el parentesco por ejemplo. Para entender el fenómeno de la nación y el nacionalismo es necesario analizar cómo emergieron históricamente sus cambios de significado a través del tiempo, así como su capacidad de provocar una profunda legitimidad emocional (p. 4). Desde esta perspectiva Anderson define la nación como "una comunidad política imaginada, imaginada como inherentemente limitada y soberana" (p. 6). Es imaginada, Anderson argumenta, porque los miembros de la nación mas pequeña nunca conocerán a la mayoría de sus connacionales, y sin embargo todos ellos comparten la idea de una comunidad nacional. La nación necesita ser imaginada para poder existir. Para el antropólogo Ernest Gellner el nacionalismo es precisamente la formulación de esa imaginación particular: la nación no da lugar al nacionalismo como expresión de una conciencia nacional, por el contrario el nacionalismo inventa naciones donde anteriormente no existieron. Para Gellner hay una inherente decepción en las naciones que a pesar de ser un invento reciente invocan un pasado inmemorial. Pero el hecho de ser imaginada no constituye para Anderson una indicación de falsedad o inautenticidad, ya que para él toda comunidad es imaginada, pensada en cierta manera. Lo que distingue a unas comunidades de otras no es tanto un criterio de autenticidad como una cuestión de estilo; el estilo en el que son imaginadas. Para Anderson hay tres características fundamentales que definen a la nación como comunidad imaginada. La nación es imaginada como limitada, es decir, con bordes mas o menos elásticos mas allá de los cuales se encuentran otras naciones; segundo, es concebida como soberana, su soberanía se legitima por su misma existencia, mas que por referencia a una voluntad divina o lógica dinástica. Finalmente, la nación se concibe como comunidad porque, a pesar de las desigualdades existentes en su seno, la comunidad nacional se representa como una camaradería horizontal —es decir, como una comunidad de ciudadanos. Pero difícilmente es este esqueleto constitutivo de la nación lo que explica su extraordinaria capacidad emotiva. Para entender esta última debemos examinar las narrativas y metáforas que le dan, por decirlo así, cuerpo a la nación, haciéndola aparecer como una formación natural e inmemorial mas que como un producto histórico-cultural. Es a través de metáforas y argumentos narrativos que la nación se construye como sujeto histórico y como marco de referencia, dentro del cual los distintos sujetos nacionales construyen a su vez su propia historia. La metáfora, como ha señalado el antropólogo James Fernández, tiene la función

17. ANDERSON, Benedict: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso, 1983.

de unir dos campos de experiencia dentro de una única dimensión, creando así, no solo significados nuevos, sino también estados afectivos. La metáfora produce así un movimiento simultáneamente cognitivo y emocional, que por supuesto ocurre siempre dentro de un contexto social y político que le da sentido. El análisis metafórico es así un vehículo privilegiado para entender la formación de la nación como comunidad imaginada.

La contradicción entre su reciente invención y su apelación a un pasado inmemorial caracteriza a la nación desde su concepción (concepción en el doble sentido de origen e idea) como una formación fundamentalmente ambivalente<sup>18</sup>. No es extraño que esta ambivalencia se intente resolver apelando a otras construcciones concebidas como naturales e inamovibles, tales como la familia o la diferencia de género, tropos favoritos de la nación en sus múltiples versiones. Mientras Anderson analiza extensivamente la metáfora familiar, sorprendentemente no dedica ni una línea a la metáfora de género.

La persistencia de metáforas de género en la construcción de la nación como realidad ontológica es más problemática de lo que podría imaginarse. Por una parte el género es una de esas construcciones culturales concebida como parámetro de lo natural e inamovible, y por lo tanto metáfora ideal para naturalizar y legitimar múltiples relaciones políticas. Por otra parte el género, como la nación, es una categoría fundamentalmente contradictoria, con significados múltiples e incluso opuestos, sometidos no solamente a la variación cultural sino también al cambio histórico. La nación, para afirmarse a sí misma como identidad esencial, ha tratado de estabilizar y definir esencialmente la categoría de género en la que se ha apoyado desde sus inicios, y de cuya ficticia certeza depende. Esta alianza ha tenido y tiene efectos impredecibles. Por una parte, la asociación del género con los proyectos coloniales y nacionales ha politizado irremediabilmente las relaciones de género, a la vez que ha sexualizado las relaciones coloniales y nacionales. Esta interrelación ha hecho imposible separar las construcciones de género de estos proyectos políticos. Por otra parte, la naturaleza inherentemente contradictoria de la feminidad en la producción cultural Europea, desde finales del XVIII en adelante, como alegoría nacional y materialidad impura, como objeto de deseo y de temor, objeto de reverencia y de conquista, va a tener con frecuencia un efecto contrario al deseado, intensificando la ambivalencia inherente a la nación más que resolviéndola.

Voy a retomar ahora el ejemplo de Irlanda para ilustrar las operaciones de esta ambivalencia en la mutua construcción de la nación y el género. Irlanda es un caso particularmente interesante porque siendo una nación europea es también una nación post-colonial. Esta doble marginalidad, como

18. Es precisamente esa ambivalencia lo que le da al nacionalismo esa doble cara capaz de despertar las emociones más nobles y altruistas y las más nefastas y opresivas.

la ha denominado Geraldine Meaney, confiere a la identidad nacional Irlandesa un carácter liminal, ambiguo e indefinido. Siendo europea y post-colonial, Irlanda no es totalmente ni una cosa ni la otra. Por otra parte si se tiene en cuenta que parte de la isla, Irlanda del Norte, continúa bajo dominio británico, Irlanda es así mismo una nación incompleta. Podría decirse, evocando a Luce Irigaray, que Irlanda es "esa nación que no es una". Esta inestabilidad identitaria se refleja en el inacabable debate sobre la identidad nacional que domina la discusión histórica y cultural en la Irlanda contemporánea, y que transcurre de una manera paralela y unida al debate que mantienen las mujeres Irlandesas sobre su identidad como mujeres y como feministas, a caballo entre Occidente y el tercer mundo.

Un análisis somero de la definición de Irlanda en la retórica nacionalista muestra rápidamente una relación íntima entre las concepciones nacionalistas de Irlanda y la representación de Irlanda en los diferentes discursos coloniales. Tanto en la retórica colonial como en la nacionalista las metáforas de género emergen como un eje central que organiza las relaciones políticas entre Inglaterra e Irlanda.

### 3.—*"Una raza esencialmente femenina": Metáforas sexuales y de género en el discurso colonial sobre Irlanda del siglo XVIII y XIX.*

La representación de Irlanda en términos femeninos aparece con frecuencia en el discurso colonial pero no con una significación única. Por el contrario, la femineidad de Irlanda, haciendo gala de la propia ambigüedad del género, aparece como un material particularmente plástico para la afirmación de diferentes posiciones políticas. Jonathan Swift, el gran poeta y polemista irlandés, miembro de la élite de descendientes ingleses que controlaría el poder político y económico en Irlanda hasta bien entrado el siglo XX, usa metáforas de género y sexuales como arma política. En una de sus más celebradas obras satíricas, "Story of an injured lady" (Historia de una dama ofendida), Swift representa a Irlanda como una querida abandonada por su amante (Inglaterra) en favor de otra querida (Escocia)<sup>19</sup>. En la historia la mujer se queja de la ingratitud del amante que paga con abandono un servicio fiel. Debe notarse que esta sátira de relaciones políticas se apoya en la incuestionable asunción del dominio masculino. Sin embargo, tal dominio no presupone una actitud arbitraria y tiránica como la que manifiesta la conducta del amante (Inglaterra), lo que confiere al lamento de Irlanda en la historia

19. SWIFT, Jonathan: "The Story of the Injured Lady. Written by Herself" en SCOTT, Temple (ed.): *The Prose Works of Jonathan Swift*. London: Bell and Sons, 1905, vol. VII. Primera ed. 1746.

una cierta legitimidad. A pesar de la simpatía que este lamento pueda despertar en el hipotético lector, debe tenerse en cuenta que Irlanda no se representa en esta sátira como esposa sino como querida, con la clara implicación de que la destitución del país es una consecuencia lógica de su prostitución política.

En lo que podría considerarse como una perfecta secuencia patriarcal, la mujer caída es rescatada por el caballero noble. El caballero, Henry Grattan, es por supuesto otro miembro ilustre de la élite anglo-irlandesa. Político de finales del siglo XVIII, que presidió Irlanda durante el breve período en el que el país gozó de una cierta autonomía legislativa, Henry Grattan inauguró el naciente parlamento irlandés en 1782 con las siguientes palabras:

“Encontré a Irlanda arrodillada, la he estado cuidando con solicitud paterna. He seguido su progreso desde una posición herida a una posición armada, de las armas a la libertad. Ella ya no es una colonia miserable dándole las gracias al gobernador por haberla robado y a su rey por haberla oprimido”<sup>20</sup>.

En su discurso, Grattan representa a Irlanda como mujer, pero desde su posición de noble liberador la mujer no puede ocupar la posición de prostituta. Su posición de clase y ascendencia elitista tampoco le permiten representar a Irlanda totalmente libre. Al asumir el rol de patriarca: “he cuidado de ella con solicitud paterna”, Grattan, en un único movimiento metafórico, representa a Irlanda en una posición doblemente dependiente: como mujer y como menor de edad.

Sea como amante abandonada o hija afligida, Irlanda aparece en la imaginación política de finales del siglo XVIII en una posición pasiva y dependiente, esperando el rescate o la compasión de una estructura política cuya poder se representa precisamente a través de la masculinidad. La representación de Irlanda tiene realmente bien poco en común con otras alegorías nacionales europeas. Britania, por ejemplo, es frecuentemente representada con armadura, como la diosa Atenea, lo que le da una apariencia fuerte y digna. La francesa Marianne por otra parte, aparece marchando entre la barricadas de la revolución, con sus pechos descubiertos y el gesto decidido arengando a un pueblo de campesinos y artesanos. Hibernia, por el contrario, tiene una apariencia escuálida y llorosa, amenazada por las bárbaras huestes del nacionalismo Irlandés y protegida por el brazo militar de Britania.

En el siglo XIX la retórica de género que permea las relaciones políticas entre Inglaterra e Irlanda adquiere dimensiones nuevas. En el discurso del siglo XIX el género no ocupa una posición meramente retórica sino que entra

20. GRATTAN, Henry: “Speech in the Irish Parliament, 16 de abril, 1782”, en DEANE, Seamus (ed.): *The Field Day Anthology of Irish Writing*. Derry: Field Day Publications, 1991, vol. I, pp. 919. Distribuido por Norton.

a formar parte de un discurso científico que conferirá un carácter inamovible, no solamente a las diferencias sexuales, sino también a las diferencias étnicas o, para usar un término típicamente decimonónico, a las diferencias raciales. Las nuevas ciencias de la etnología y filología jugaron un papel importante en configurar un nuevo discurso de género sobre los Irlandeses, que tendrá una tremenda influencia en el posterior discurso nacionalista. La feminidad se extendería de Irlanda como entidad colonial a los irlandeses como "raza". Ernst Renan, por ejemplo, afirmará en su obra sobre la poesía Celta que

"si se nos permitiera asignar sexo a las naciones como a los individuos tendríamos que decir, sin ningún asomo de duda, que la raza celta es una raza esencialmente femenina"<sup>21</sup>.

Lo que Renan entiende por una raza femenina es una serie de cualidades que en el siglo XIX vinieron a definir la naturaleza de las mujeres, y que una vez establecidas se usaron como parámetros para definir la identidad de poblaciones enteras. Estas poblaciones, a su vez, se conceptualizaron en términos del discurso racial dominante popularizado por la nueva ciencia de la etnología. La confluencia del discurso de género y racial permitía así la organización de la diversidad humana en términos de una escala jerárquica que clasificaba las distintas poblaciones, no solamente en relación a diferencias fisiológicas sino también a diferencias caractereológicas. Los celtas son para Renan sensitivos, poéticos, emocionales y espirituales, en suma femeninos. Sin embargo para Renan, que era francés y amante de la poesía bárdica, la atribución de feminidad no significa necesariamente una posición de inferioridad, sino al contrario, cierta superioridad espiritual que ofrecía en su opinión un complemento ideal al carácter racional y guerrero (es decir masculino) de los anglo-sajones. Para Renan, si los irlandeses no eran dominantes en la arena socio-política lo eran sin embargo en la arena espiritual. Poco consuelo podía ser este para un país que acababa de perder mas de 800.000 personas a manos del hambre, y mas de un millon a manos de la emigración forzada por la miseria que asoló el país a mediados del XIX. Si Renan trataba de valorizar a los irlandeses atribuyéndoles una superior espiritualidad femenina, éste no dejaba de ser un argumento de doble filo, dado el carácter inherentemente contradictorio y ambivalente de la feminidad en la mentalidad victoriana del siglo XIX. Basándose en el mismo discurso de género utilizado por Renan, su contemporáneo y filólogo ingles Mathew Arnold subrayaba la necesidad de la dependencia política del pueblo irlandés. Apoyándose en la

21. RENAN, Ernest: *The Poetry of the Celtic Races and Other Studies*. Port Washington, NY: Kennikat Press, 1970 [1896].

femenina idiosincracia de los celtas, Arnold enfatizaba no tanto su aspecto creativo y espiritual como su inestabilidad emocional y "exaltación nerviosa":

Sin duda la sensibilidad de la naturaleza celta, su nerviosa exaltación, tiene algo de femenino, y el celta está particularmente predispuesto a sentir la influencia de la idiosincracia femenina, ya que tiene una afinidad con ella <sup>22</sup>.

Este discurso anglo-sajón proporcionaba un argumento disfrazado de derecho natural para la continuación de la dominación colonial de Irlanda, legitimando la represión de los diferentes movimientos de resistencia a la administración británica que proliferaron en el país durante el siglo XIX <sup>23</sup>.

Los irlandeses —como las mujeres—, al igual que los salvajes y primitivos, aparecen en el discurso colonial como incapaces de gobierno, algo para lo que los ingleses con su naturaleza masculina —racional— aparecen naturalmente dotados. No es coincidencia que discursos de género similares se desplegaran en la India y en otras colonias británicas. Caracterizar como femeninas a estas colonias significaba desposeerlas de su capacidad de auto-determinación, permitiendo la adopción de una multiplicidad de posiciones políticas desde paternalistas hasta represivas.

Si en el discurso colonial el poder político está ligado a un concepto de masculinidad, la formulación de un discurso nacionalista anticolonial incluirá un contradiscurso de género. En el caso de Irlanda los escenarios anteriormente descritos, en los que Irlanda aparece como doncella maltratada o hija desprotegida, se refieren siempre a caballeros de ascendencia inglesa en el rol de agresores o salvadores; en cualquier caso los hombres irlandeses no entran en escena, son relegados a la impotencia; impotencia que, dado el carácter romántico de estos escenarios, es al mismo tiempo sexual y política. Esta impotencia está doblemente reafirmada por su putativa identidad femenina. Los hombres irlandeses al definirse por su carácter femenino aparecen dotados de una masculinidad defectiva, inadecuada. Los efectos políticos de tales asociaciones no se les escaparon a los intelectuales del emergente nacionalismo irlandés, que contestaron la posición subsidiaria de esta feminidad racializada con un énfasis en los aspectos masculinos del carácter irlandés. Mas que cuestionar el paradigma de una jerarquía política basada en una construcción rígida y dicotómica de las diferencias sexuales, los intelectuales nacionalistas simplemente invirtieron su putativa identidad sexual. Si la capacidad de

22. CAIRNS, D. y RICHARDS, S.: *Writing Ireland: Colonialism, Nationalism and Culture*. Manchester: Manchester University Press, 1988, p.48.

23. Véase por ejemplo CURTIS, Lewis P.: *Anglo-Saxons and Celts: A Study of Anti-Irish Prejudice in Victorian England*. New York: New York University Press, 1968; además CAIRNS Y RICHARDS (1988).

gobierno dependía de cualidades masculinas, de lo que se trataba era de masculinizar "la raza". El gran poeta irlandés William Yeats y el escritor y nacionalista Patrick Pearse, entre otros, recurrieron en busca de inspiración a las sagas bárdicas que habían estudiado Renan y Arnold, en busca esta vez de héroes guerreros que pudieran servir como modelo de héroes nacionales. La nación como alegoría política siguió teniendo cuerpo de mujer en la imaginación de estos intelectuales, pero la tarea de rescatarla del yugo de la opresión debía recaer, no en un salvador foráneo sino en la comunidad fraternal de varones irlandeses. Para que despertara las pasiones políticas necesarias, esta comunidad debía imaginarse como comunidad de hijos y amantes, y para ello tenía que cambiar de sexo. En varios de sus escritos Patrick Pearse no dejó lugar a dudas de que la tarea fundamental del nacionalismo irlandés era la recuperación de una masculinidad perdida:

Un nuevo sistema educativo en Irlanda tiene que hacer algo mas que restaurar una cultura nacional. Tiene que devolver la hombría a una raza que ha sido privada de ella<sup>24</sup>.

La nación personificada como mujer afligida necesitaba héroes masculinos dispuestos a redimirla de su opresión. En contraposición con la Irlanda del discurso colonial, la Irlanda del emergente nacionalismo de principios de siglo se representa como objeto y sujeto de liberación simultáneamente.

Como alegoría la nación requería así mismo una posición mas digna que la de querida abandonada o hija adoptiva. En una serie de producciones culturales de carácter romántico, los artífices del nuevo nacionalismo imaginaron la nación como objeto erótico, simultáneamente tangible e inalcanzable. Una de las imágenes que adquirió un éxito rotundo y que domina la imaginación de la nación irlandesa hasta nuestros días es la imagen de Cathleen ni Houlihan; la obra de teatro escrita por William Yeats al comienzo del siglo XX con intenciones deliberadamente nacionalistas. Esta obra dramática representa a Irlanda como una anciana vagabunda que se transforma en una bella doncella cuando los hombres del país marchan a luchar por ella. El éxito de esta obra en Dublín fue absoluto. Irlanda había encontrado por fin su papel. Digna pero erotizada, la imagen de Cathleen ni Houlihan parecía capaz de rescatar al país de su impotencia —sexual y política— e inspirar una pasión heroica nacional. Tal pasión es transparente en la poesía de nacionalistas como Joseph Plackett, ejecutado, como Patrick Pearse, por su participación en la insurrección de 1916 que desencadenó la guerra de la independencia:

24. PEARSE, Patrick: *The Murder Machine* (1916), en DEANE, Seamus (ed.): *The Field Day Anthology of Irish Writing*. Derry: Field Day Publications, 1991, vol. II, pp. 292-293. Distribuido por Norton.

And we two lovers, long but one in mind  
and soul, are made only one flesh at length;  
praise god is this my blood fulfills the doom  
when you, dark rose, shall redden into bloom.

(Y nosotros, dos amantes que desde hace mucho hemos sido uno en mente y alma, estaremos finalmente unidos en la carne; bendito sea dios si mi sangre cumple su destino cuando tu, maltratada rosa [Irlanda], florezcas por fin)<sup>25</sup>.

La imagen romantizada de Irlanda como doncella no es la única existente. Junto a ella se creó la imagen de Irlanda como madre, capaz de despertar una forma diferente de pasión; mas cercana a la pasión religiosa que a la pasión romántica pero no menos emotiva. En su poema "una madre habla" por ejemplo, Pearse identifica a su madre con la Virgen María, mientras se reserva a si mismo el rol sacrificial de Cristo. En cualquier caso, como doncella o madre, los intelectuales nacionalistas de principios de siglo se imaginaron a Irlanda como una mujer pasiva, mientras afirmaban la masculinidad del pueblo irlandés en actos heroicos de sacrificio individual. Lo que queda excluido del proyecto nacional en esta narrativa son la mujeres. A pesar de la participación activa de las mujeres irlandesas en la lucha de liberación nacional, la nueva nación se imaginará y constituirá como una comunidad de varones, y la redención del cuerpo idealizado de la nación se predicará sobre el progresivo control del cuerpo de las mujeres<sup>26</sup>.

#### 4.—Nacionalismo, domesticidad y género

En 1921, la firma de un tratado entre el gobierno británico y los líderes del IRA que dirigían la guerra de liberación dio lugar a la constitución del Estado Libre de Irlanda, con amplia autonomía política pero aún sujeto a las limitaciones de la Commonwealth Británica. Durante los primeros 15 años el gobierno irlandés, que aprobó el sufragio universal a la edad de 21 años (1923), así mismo introdujo un número de medidas legislativas encaminadas

25. PLUNKETT, Joseph: *The Poems of Joseph Mary Plunkett*. Dublin: Talbot, 1916.

26. Sobre la participación de las mujeres en el nacionalismo irlandés ver WARD, Margaret: *Unmanageable Revolutionaries: Women and Irish Nationalism*. London: Pluto Press, 1983.

27. La concesión del voto femenino en 1923 fue sin duda el resultado de las luchas del movimiento sufragista irlandés. Pero fue asimismo una medida oportunista destinada a derrotar al sector republicano, que se había opuesto a la división del país en el referendun que reafirmó el tratado de paz con Gran Bretaña en 1923.

a la progresiva restricción del rol social de las mujeres<sup>27</sup>. El divorcio se ilegalizó en 1925 y el uso de contraceptivos en 1935. La Constitución de la Irlanda de 1937, que declaraba al país república independiente, también confinaba a la mujer a la esfera doméstica y definía la maternidad como su rol social. Tal provisión fue acompañada de legislación que restringió severamente las posibilidades de trabajo asalariado para las mujeres casadas, dejando a las mujeres en una posición de tremenda desigualdad estructural. La masculinidad de la nación se afirmó a costa de la subordinación de las mujeres que habían participado activamente en su construcción<sup>28</sup>.

Es importante señalar que la exclusión de las mujeres del proyecto nacional no está desligada de la partición del país en lo que vendría a ser el Estado Libre de Irlanda e Irlanda del Norte. En 1921, después de tres años de guerra de guerrillas mas o menos generalizada en Irlanda, el gobierno británico se sentó a negociar, no la soberanía nacional sino la autonomía estatal. Irlanda adquirió el estatus de "Estado Libre" dentro de la Commonwealth Británica, como paso transitorio a la independencia nacional. El gobierno británico puso una condición innegociable: la separación de Irlanda del Norte (la parte mas industrializada del país) que permanecería bajo dominio británico. La dirección del IRA negociando el tratado se dividió, y con ella se dividió también la población irlandesa. Una mayoría aceptó el tratado como solución pragmática a una situación de guerra que se consideraba insostenible. Para este sector una soberanía recortada representaba una opción mas ventajosa que la posibilidad de no obtener nada. Para el otro sector, mas influido por una visión trascendente de la nación que por la pragmática estatal, la soberanía nacional no consistía en una cuestión de niveles que pudieran medirse a lo largo de una escala; o se poseía o no. Una soberanía que excluyera una parte del territorio nacional no era soberanía y no podía por lo tanto aceptarse. Estas posiciones contrapuestas representan en buena medida la inherente tensión contenida en la nación como formulación moderna, que por una parte se proyecta a si misma como identidad esencialista y trascendente, y por la otra se constituye como pragmática estatal con vocación de poder. Esta tensión daría lugar a una guerra civil, que permanecería en la narrativa heroica que entró a formar parte de la historia oficial de Irlanda como un episodio oscuro

28. Una nación que relega a la mitad de sus habitantes a una división maniquea entre una posición de símbolo y una posición de exclusión no puede por menos que presentar cierta inestabilidad. En las últimas décadas las feministas Irlandesas han empezado con fuerza a redefinir la nación. La cuestión es desde qué espacio político e imaginativo es esta redefinición posible. Ver en este sentido COULTER, Carol: *The Hidden Tradition: Feminism, Women and Nationalism in Ireland*, Cork: Cork University Press, 1993; BOLAND, Eavan: *A Kind of Scar: The Woman Poet in a National Tradition*. Dublin: Attic Press, 1989; HACKETT, Claire: "Self-determination: The Republican Feminist Agenda", en *Feminist Review*, 50:11-118, 1995.

y silenciado, una ausencia que, precisamente por serlo, se constituiría en el centro de gravedad de una incierta identidad nacional en las décadas venideras.

En 1937, cuando Irlanda se declara nación independiente lo hace con la aguda conciencia de que le falta una parte<sup>29</sup>. En el contexto de los debates sobre la identidad sexual de la nación la escisión de Irlanda del Norte puede leerse como una castración simbólica que ponía en entredicho la potencia de la nación en el momento mismo de su nacimiento. La masculinidad de la nación, que los nacionalistas de principio de siglo habían afirmado con tanta intensidad, fue precisamente el precio de su existencia como cuerpo político. Mas aún, el nacimiento de la nación estuvo marcado, no por la fraternidad de una comunidad de varones, sino por el fratricidio; no por la proclamación airosa de la soberanía nacional, sino por la minoría de edad que la hizo dependiente durante los primeros 15 años de la Commonwealth Británica. Si el estilo narrativo en el que los intelectuales nacionalistas se imaginaron la nación irlandesa fue la tragedia heroica, el estilo que marcó su nacimiento y su posterior desarrollo fue la farsa. Si la nación, como dice Benedict Anderson, se define como comunidad fraternal, soberana y con límites territoriales, la nación irlandesa se constituyó como un desplazamiento narrativo, a destono con su propia definición, ya que como nación Irlanda no ha cesado de ser representada como una integridad territorial. Igualmente, su soberanía se extiende imaginativamente sobre todos los irlandeses, y no solamente sobre los de la República. Como comunidad fraternal la nación irlandesa se ha definido, no solamente por la traumática división de la guerra civil, sino también por esa otra más problemática aún entre norte y sur, protestantes y católicos. La identidad nacional de Irlanda, como la identidad sexual que le dio forma, permanece escindida, ambivalente, cambiante, no resuelta.

El problema de la identidad nacional ha sido un tema central en la producción literaria y académica de Irlanda. No es sorprendente que este problema se haya elaborado con frecuencia a través de la problematización de la identidad sexual. La literatura que se ha producido desde finales de los años 1920 está poblada de hombres autoritarios e inadecuados sexualmente, y mujeres insatisfechas y frustradas. Esta ansiedad sobre la identidad y operatividad sexual, que permea la literatura contemporánea irlandesa, funciona como metáfora de la problemática y ambivalente identidad nacional. El tema de la sexualidad nos lleva directamente al tema de la familia como la otra gran metáfora de la nación.

En Irlanda la metáfora familiar, tan prominente en otros nacionalismos, no fue una metáfora tan dominante hasta la consecución del Estado Libre y la partición de la isla. Anteriormente las metáforas sexuales y de género

29. La Constitución de 1937 reclamaba el derecho de soberanía nacional sobre todo el territorio de la isla, norte y sur.

habían tomado un lugar bastante mas prominente. Como he señalado anteriormente, la nueva nación progresivamente reduciría el espacio social y la autonomía de las mujeres a través de legislación restrictiva en materias de reproducción, derecho familiar y derecho laboral<sup>30</sup>. Con la comunidad nacional dividida violentamente por la guerra civil, la familia como metáfora de la nación se presenta como simultáneamente problemática y necesaria en el proceso de construcción de la nación. Apoyándose en la ideología católica, los sucesivos gobiernos de la nueva nación promulgarán una metáfora familiar centrada en la imagen de la madre, el único personaje en la configuración familiar que retiene cierta credibilidad dentro de la narrativa histórica nacional. La madre, que ya constituía una de las alegorías de la nación, se convertirá en el nuevo discurso nacional, en la guardiana de la tradición nacional. La familia pasa a ocupar así un lugar central en la política legislativa nacional. La familia se constituye, no como una relación marital o relación fraternal, sino como relación paterno-filial, la relación que encajaba mas apropiadamente con el carácter autoritario del nuevo estado nacional. Al situar a la familia en el espacio central de la nación, aun tiempo espacio privado y político, la familia va a adquirir en el discurso nacional una característica esencialista e inamovible. La familia se va a constituir como una entidad fuera de la dinámica histórica, congelada en el tiempo, metáfora de una esencia nacional. Como esencia nacional la familia va a funcionar como un espacio que, siendo central, se escapa al debate político. La familia se constituirá como aquello que, precisamente por ser central en la nación, no se interroga, que precisamente por estar conscientemente presente, está excluido del centro discursivo. La habilidad de los líderes nacionalistas, de establecer una relación de identidad entre la familia y la nación, permitirá desplazar la peliaguda cuestión de la guerra civil, y la violencia que la acompañó, del terreno de discusión pública al ámbito familiar, donde permanecerá fuera del lenguaje, oculta tras el velo de la privacidad doméstica. De esta manera, la violencia de la guerra civil adquiere el estatus de violencia doméstica, sobre la que todo el mundo sabe pero nadie habla. Inversamente, la violencia sexual, "doméstica", vendrá a ser el gran silencio de la nación. Este silencio, que une la violencia política y la violencia doméstica en el discurso nacional, convertirá a la familia en una metáfora de parálisis nacional. Significativamente, el cuestionamiento del discurso nacional en los años 1970 se desplegó de una manera paralela al cuestionamiento de la familia como institución nacional por el movimiento feminista. La explosión de la violencia en Irlanda del norte

30. O'DOWD, Liam: "Church, State and Women: The Aftermath of Partition" en CURTIN, C.; JACKSON, P.; y O'CONNOR, B. (eds.): *Gender in Irish Society*, Galway:Galway University Press, 1986.

en 1971, contribuyó a un examen crítico de las consecuencias políticas de la metáfora familiar en la república de Irlanda.

La relevancia del movimiento feminista en reformular la definición de la nación en Irlanda es importante y nos lleva directamente a la cuestión de la mujer como sujeto histórico. ¿Desde qué espacio cultural y discursivo pueden las mujeres actuar políticamente en un contexto nacional? Esta cuestión vendrá a ser central a finales de los años 70 en Irlanda del Norte, cuando un grupo de mujeres trate de reconciliar un proyecto nacional y feminista.

Una buena parte del movimiento feminista de los 70 contemplará cualquier posición nacionalista con reticencia, que podía variar desde la suspicacia hasta la abierta oposición. Sin embargo actuar desde fuera de la nación no es tan sencillo en un país donde la nación, no solamente representa una relación de opresión sexual, sino también y al mismo tiempo la liberación de una larga y devastadora opresión colonial. Esta ambivalencia se presenta con una intensidad mucho más acuciante en el caso de las mujeres como sujeto histórico que en el caso de los hombres. Para las mujeres irlandesas la nación no representa únicamente la cristalización de una política sexual y de género opresiva, sino que representa también la materialización de una lucha de liberación colonial.

Tanto en Irlanda del Norte como en la República de Irlanda feministas con diferentes posiciones políticas han llegado a la conclusión de que cualquier intento de reformular la política familiar y las relaciones de género en Irlanda necesariamente tiene que confrontar la historia de la nación, (y esto significa confrontar también el pasado colonial) ya que ambas, la identidad de género y la identidad nacional, se han construido mutuamente en un proceso histórico. El significado social y cultural de los términos mujer, hombre, masculinidad, feminidad, sexualidad, están inextricablemente ligados con los de colonialismo, nacionalidad, clase, etnicidad. Lo que significa ser mujer en Irlanda no depende de una identidad ontológica y universalista, sino que está construida precisamente por la intersección de varios discursos y de las prácticas políticas que los acompañaron. La conciencia de esta intersección ha dado lugar a una discusión colectiva entre las feministas republicanas del norte y las feministas del sur, sobre las formas en las que el diferente desarrollo del nacionalismo en ambas partes del país ha originado diferentes significados de género. Estas discusiones, nacidas de la necesidad de confrontar diferencias políticas dentro del movimiento feminista irlandés, han tenido como consecuencia el inicio de una reformulación, tanto del concepto de género como del de nación, de tal manera que la nación pueda acomodar una pluralidad de identidades y posiciones. Para ello es necesario que ambos conceptos se entiendan de una forma no dicotómica y esencialista, sino fluida, heterogénea y plural.